Año V—Epoca II | La Plata, 1ª quincena de Agosto de 1923 | Núm. 102

Redacción y Administración: 14 N. 1227 LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich

Las dictaduras providenciales

(Fragmento)

La autoridad gubernamental, la dictadura, llámese imperio o república, trono o poltrona, salvadora del orden o comité de salud pública, entiéndase en singular o plural, no podría menos que retardar el advenimiento de la revolución social, sustituyendo su iniciativa, su razón omnipotente, su voluntad cívica y coercitiva, a la iniciativa anárquica, a la voluntad razonada, a la autonomía de cada uno. La revolución social no puede ser hecha más que por la obra de todos individualmente; de otro mo do no será la revolución social. Lo que es preciso, pues, hacia lo que es necesario ir, es a poner a todos y a cada uno en la posibilidad y por lo tanto en la necesidad de obrar, para que el movimiento, comunicándose de uno a otro, pueda dar y recibir el impulso progresivo, decuplicando y centuplicando así la fuerza...Por el contrario, la dictadura no es más que el estupro de la libertad perpetrado por la virilidad corrompida y sifilítica; es el mal cesáreo inoculado en los órganos populares; no es un beso de emancipación, una natural y fecunda manifestación de la pubertad, sino una fornicación de la virginidad con la decrepitud, un atentado a las buenas costumbres, un delito como el abuso del tutor con su pupila...¡es un humanicidio!

J. Déjacques.

Abril 7 de 1859

Charamuscosidades

Muchas veces se me ha ocurrido pensar que cuando una mujer entrega a un hombre su alma, sin vénias familiares, sin sanciones morales ni consentimientos de ninguna especie, bien podría de inmediato y por igual manera, entregarle su cuerpo, sin por eso sufrir en ella misma, en su propia opinión, mengua o desdoro, como no lo ha sufrido en el primero de los casos. Pero esto no lo entienden, al menos por ahora, las mujeres,—eternas referidas a lo externo y pagadas de toda exterioridad—ni tampoco lo entenderán por mucho tiempo, en tanto no se liberten del prejuicio que hace insidir o residir honor y dignidad en las segundas partes.

Para ellas es siempre una vergüenza la íntima relación de los sexos, realizada fuera de contrato; y por eso, cuando a pesar de sus prejuicios al respecto—ya que el amor es, por vital, más bello, más sano y poderoso,—entablan, por arriba de códigos y sanciones esa relación, procuran ocultarla como un atroz delito.

¿Qué importa que la conformación de los sexos les indique constantemente cuál es la función para que están destinados? ¿Qué importa que la vida entera en perpétuo desdoble y fecundidad, les enseñe que la salud y la belleza estriban en afirmarla y no en negarla? Ellas persistirán en ser castas, en matar sus deseos antes que satisfacerlos o, cuando más, derivarán hacia los vicios contra natura, apelando a manipulaciones y otros recursos indecentes, en verdad inmorales. De todos modos, siempre un crimen.

En cambio, no les afecta nada mostrarse en público como novias, ocho o diez veces o más, lo que supone que han entregado su alma por cada vez que juraron amor. Esto no desentona con las costumbres y usos sociales; por el contrario, encaja con la justeza del ojo en su órbita; y por eso, nunca íntimamente se sentirán deshonradas de esas entregas espirituales, aunque cada una de ellas haya sido falsa o mentida.

Referidas al juicio ajeno, que no sabe más que de las prostituciones de la carne, ellas se cuidarán siempre muy mucho de las exigencias de esa, ya poniéndole un apagador que la defienda y las consuma a ellas, como es lógico, hasta anularles toda sensación, ya calmando su prurito por medios artificiales o ya, en último extremo, dándole satisfacciones más o menos normales pero, eso sí, reservadas. Nunca la verdad, como se ve; jamás la expresión franca, propia de un juicio libre e independiente.

Como iba diciendo, pues: creen mucho en una prostitución de los cuerpos que no hayan recibido, para entablar la relación sexual, el previo espaldarazo de la legalidad elevada a virtud. En cuanto a la otra, a la prostitución de las almas...como al truco después de la primera baza: con charamusca.

Y los hombres son lo mismo a este respecto: charamuscosos hasta la imbecilidad. Con este agregado en contra: que exigen la castidad, pero viven asediándola a todas horas para destruirla.

¡Aberraciones sociales que sólo la libertad hará cesar un día!

Efe Dei.

NUESTRO EDITORIAL

Propaguemos la anarquía

Vivimos abriendo el puño, lleno a cada momento de verdades sobre los grupos humanos que hallamos a nuestro paso; o destilando la tinta de nuestras plumas, sobre los blancos papeles que van más después al pueblo a saturarlo de nuestras esperanzas.

Somos los mismos de siempre en todas partes, los mismos de ayer, de hoy y de mañana, iconoclastas, rebeldes, irreverentes, entusiastas y plenos de amor, que queremos para todos la más extrema libertad.

Somos anarquistas, convencidos de que el comunismo anárquico puede realizarse; y hacia ese fin vamos, sin que nos arredren las derrotas ni nos hagan los triunfos caer dormidos sobre los laureles.

Jamás nos hemos detenido en nuestra prédica de la revolución social y la anarquía, como jamás pudieron amordazarnos con las cárceles, ni jamás matar el pensamiento anarquista en las horcas de Chicago, en las calles de Barcelona, en la Rusia de los bolcheviques, en la Italia negra de esta hora, ni en las inmensas pampas de Santa Cruz. Allá como aquí, el gérmen de nuestro ideal vive latente.

Somos así, nosotros, de tesoneros. Ni nos desmoralizan las traiciones, ni perdemos nuestras energías por cruentos que sean los atropellos.

El dolor, más que anonadarnos nos fortifica, porque el dolor como el sacrificio, forma parte de nuestras vidas.

Por muchas comodidades que tuviéramos, no podríamos s r felices viendo a nuestro alrededor la cara de la miseria. Es que todas las comodidades, todas las satisfacciones las queremos para todos.

Por otra parte ¿qué nos importa nuestro dolor, si es tan pequeño él ante el dolor inmenso de la humanidad?

Que nos encarcelen, pues, que nos persigan o que nos traicionen, nosotros seguiremos propagando nuestras ideas, porque nuestra misión es llegar al fin que nos hemos propuesto, sea hoy, sea mañana o de aquí a dos siglos, que es lo mismo, considerado desde el punto de vista del infinito tiempo.

Y esta aspiración nuestra de llegar a lo propuesto, no es, como muchos contradictores han solido decirnos, una «aspiración conservadora» o destinada a estancarse en cuanto alcance sus fines. ¡No, caramba, no será nunca eso! ¡Somos anarquistas!

Queremos abolir el Estado que nada útil aporta a la sociedad y es, en cambio, uno de los parásitos mayores y más violentos, como lo evidencian sus códigos, sus leyes, y el ejército de policías y bayonetas que son su sostén.

Queremos terminar con la explotación de que somos víctimas todos, explotación que es para unos cuantos la riqueza excesiva, la potencia absoluta, y para la inmensa mayoría, la pobreza física y la miseria moral más negra y más profunda.

Queremos, en una palabra, suprimir a los mandones y a los explotadores.

Una vez conseguido esto, una vez alcanzada esta suprema y primordial aspiración por la que luchamos con ahinco tanto, una vez limpia la cancha de los principales obstáculos para cualquier acabada realización, nuestros fines se habrían llevado a cabo. Entonces comenzaría el gran instante de la construcción, el bello periodo de todos los progresos, la hora soberbia de todas las iniciativas.

Libre el trabajo, el músculo, el obrero, de las trabas y de los ladrones que hoy lo sujetan y lo devoran, ya no sería éste una feroz necesidad ni una maldición, como es en la actualidad. Dignificado, por el contrario, sería entonces el placer más alto, lo que unido a la generosidad que por su misma independencia desarrollaría, daría como resultado el juego armónico de los acuerdos, enfocado a los intereses colectivos.

Tal es, tal debe ser la sociedad del comunismo anárquico con que soñamos.

Pero este es el sueño a realizarse mañana, pasado o de aquí a dos siglos,—no importa cuándo;—sueño que por lo grande, y más que por lo grande por lo generoso, les parece imposible a cuantos poseen un corazón podrido de egoísmos; sueño que observado en nuestras relaciones de anarquistas, con todo y encontrarse por tantas causas obstaculizadas, es fuerza admitir que adquirirá por fin, un día, realidad.

Mas para que este sueño sea alcanzado, será preciso pasar primero por una gran tormenta purificadora de la atmósfera; instante aciago de dolor y de gloria, para el cual debemos estar constantemente preparados y dispuestos en el más recto sentido libertario, si no queremos ver malogradas nuestras siembras de ahora bajo las patas de la bestia autoritaria que no pierde ocasión de levantar su achatada cabeza de serpiente.

¡Propaganda anarquista, pues!

José Pucci.

Miscelánea

¡Hermanas! ¡Compañeras!

Al calor de nuestro entusiasmo y nuestra fe nacieron como florecillas rojas; surgieron animadas por las palabras rudas de sus hermanos de esclavitud y vienen al campo de los que bregan por la libertad y el triunfo del amor, como madres cariñosas a restañar la sangre en las heridas, a llevar fuerzas a los que caen rendidos en la lucha, a alegrar con sus cantos de vida y optimismo los instantes amargos de sus hermanos; a dejar un beso fraterno sobre la frente pálida del rebelde que sucumbe, enarbolando el pendón libertario.

Son las madres heróicas de todos los tiempos, las hermanas valientes de todas las horas, las compañeras que luchan contra todas las Bastillas, en todas las Comunas, en todos los momentos trágicos del pueblo. Son el aliento y el ejemplo, el arrullo y el grito; las enamoradas del heroísmo y del sacrificio; las Marías que velan la muerte de sus hijos al pie de los Calvarios; las Luisa Michel que incitan a los parias a la conquista de sus derechos.

Por ellas, por su ejemplo, empuñan las armas hasta los más tímidos, gritan sus odios los más cobardes, se propaga y germina en los corazones la simiente de la rebelión.

¡Hermanas! Compañeras! Salud, entonces; por vuestro amor seremos más buenos, por vuestro ejemplo heróico, más fuertes y tesoneros.

El pan nuestro.

Dánoslo hoy como todos los días, como siempre, potentado, como a nuestros abuelos, como a nuestros padres: amargo y negro, amasado con nuestra sangre y nuestros dolores; salpicado con la cobardía de los que diariamente soportan tus injusticias, te reverencian, te veneran. Dánoslo al precio de nuestros ensueños y esperanzas, de nuestro hambre, del hambre de nuestros hijos; al precio de excesivas jornadas de trabajo en talleres insanos, en minas sin aire, en andamios inseguros, al precio de los pedazos de pulmones que escupimos en las pocilgas que tu «excelsa» bondad nos lega. Dánoslo amargo y negro a nosotros que hacemos con nuestras manos el pan blanco para tu mesa, la cuna para tu hijo, el ataud para tus restos.

Dánoslo siempre así, potentado, a cambio de dolores, sufrimientos, llantos, blasfemias; enséñanos con tus maldades a odiar tus lujos, a desechar y maldecir tus instituciones, a soñar, a luchar por el advenimiento de una nueva sociedad, en donde el pan blanco que hacen nuestras manos (y mañana las tuyas también) sea para tu mesa y la nuestra, potentado.

Cartel amigo.

Un cartel que habla desde la fachada de la mansión burguesa, o la tapia de la casucha proletaria, de gestas de bien, semilleo de ideales, protestas elevadas contra los tiranos, en cualquier esquina, es la mejor salutación que pueden dar los compañeros al peregrino rebelde que llega al poblado. Un cartel convocando a los esclavos para cualquier hora y día, pretéritos o futuros, es el abrazo fraterno que más anima y entusiasma al humano que llega. Es la voz que habla de esfuerzos realizados por la conquista de la libertad; de noches recorriendo el poblado, calle por calle desde el arrabal proletario a la avenida burguesa, dejando en todas las fachadas, en todas las tapias, un llamado al mañana y una condena al presente. Voz que dice de encuentros con milicos brutos, prostitutas hambrientas, borrachos y cajetillas bullangueros, cuando no con cuadros de dolor y de tragedia que la noche no oculta con sus sombras:

niños sin el calor del hogar, ateridos de frío, durmiendo sobre el mármol helado; viejecitos, residuos de fábrica, que dejaron su juventud en manos del patrón, que pasaron su vida labrando la riqueza y la felicidad del amo, y que no tienen ahora,—blanca ya la cabeza, rendido el cuerpo,—abrigo para sus carnes, techo para albergarse. Cuadro de dolor y de tragedias que pinta la sociedad actual a cada instante.

Canto augural, protesta y aliento, saludo fraterno. Esto dice el cartel amigo al peregrino rebelde que llega al poblado.

ENRIQUE G. BALBUENA.

Talleres, 7/923.

Los niños

Los niños son flores en capullo, flores humanas que a veces con su pequeña experiencia adquirida en sus correrías de un lado a otro, suelen aportar algunas ideas al caudal de nuestros conocimientos, ideas en las cuales nosotros no habíamos reparado.

En muchas circunstancias nosotros nos encontramos sin saber qué contestar a ciertas preguntas muy atinadas que hacen los niños; y esto sucede por culpa de nuestro descuido cultural y no de nuestras facultades intelectuales a las que solemos achacarles esa ignorancia.

Hasta ahora los padres nos hemos formado un concepto muy pobre sobre la capacidad analítica de los niños, y por eso los hacemos siempre callar diciéndoles con tono autoritario que no hablen pavadas.

Esto proviene de nuestra ignorancia sobre el gran problema de la educación de la infancia. Sin embargo, queremos predominar sobre ellos espiritualmente y nos basamos para esto en nuestra condición de mayores y de padres.

Como el niño es el cimiento del edificio humano, es claro que para que el progreso se realice debemos todos contribuir a la independencia del niño. Si no tenemos en cuenta esto, si no removemos el obstáculo que nosotros representamos con nuestros prejuicios y nuestro autoritarismo, no hay duda que acostumbraremos al niño a ser un ente sin importancia que más tarde lo seguirá siendo de hombre en su actuación en la vida.

En los últimos cincuenta años hemos progresado mucho más que en los cuatro siglos juntos anteriores, en todas las ramas del saber humano, pero en materia educacional estamos todavía en la época romana. Nuestro raquitismo psicológico ¡bien lo expresa.

El afán especulativo, de orden económico, ha realizado ininterrumpidos, poderosos, enormes progresos industriales, pero ha sido también uno de los principales factores de infelicidad humana, pues ha llevado a la degeneración de la especie, trayéndonos infinidad de males así físicos como morales.

¡Buen trabajo tendrán las generaciones que nos sucedan, si es que se deciden a realizar la más acabada desinfección sobre la herencia psicopatológica que les legaremos!

Comencemos, pues, los que comprendemos estas cosas, a propiciar entre nuestros hijos el espíritu de independencia, tan necesario a los más completos desarrollos. Es la única manera de contribuir al progreso moral de los seres, que tan obstaculizado se halla por el medio social.

EUFEMIO COSTA.

Las Rosas.

Reseña

Una mirada retrospectiva, y vemos en épocas lejanas, levantarse a los hombres, rebelarse a impulsos del fuego de la naturaleza no acostumbrada a sufrir seguidas presiones.

Espartaco y Viriato son dos símbolos buenos para el caso.

En épocas posteriores vemos que el medio disolvente ha influido tanto sobre el individuo, que este se adapta con docilidad al ambiente, cual si ya la naturaleza humana hubiera hallado la justa medida que necesitaba. Entonces la mayoría de los hombres se había envilecido a tal punto, que parecía haberse apagado en ella, para siempre, la sed de la libertad.

Más después, la resignación ha llegado a extremos tales que sorprenden de su magnitud. La miseria y el dolor se han agrandado desmesuradamente, y los hombres, indiferentes, caminan y caminan sin levantar la cabeza, sin pronunciar palabra, y tanto se han acostumbrado a eso que ya parece que ni caso le hacen.

La caravana enorme de los siervos, cruza la vida, indiferente a sus sufrimientos. De tarde en tarde, ojos ansiosos vislumbran en el horizonte una llama. Se alzan entonces todas las cabezas, pero la llama desaparece, y pronto vuelven a doblegarse esas cabezas, y la caravana prosigue su camino. Y en toda la tierra brotan las guillotinas y las horcas. La humanidad atraviesa una muy larga época de sumisiones y calamidades.

Pero al fin llega un día en que la llama surge otra vez para iluminar las tinieblas de los siglos. Nuevos derroteros se abren a la ansiedad humana. Se proclaman entonces los derechos del hombre, y vemos sobre la tierra infinidad de hogueras en las que empieza a quemarse el pasado, todo lo viejo y negro de la historia.

Y junto a las hogueras aparecen los redentores, los apóstoles, los héroes, los santos, todos los que atizan el fuego sagrado de la revolución.

Bakounine, el espíritu inquieto y rebelde que rompe las trabas que sujetaban lo humano a lo divino.

Reclus, el sabio todo bondad y todo corazón, que lucha incansablemente por el bienestar de la humanidad.

Luisa Michel, la «buena Luisa» valerosa, atrevida, que pelea en las barricadas de París soñando en la «aurora blanca» de la fraternidad universal.

Tolstoi, la personificación del amor, de la grandeza moral, que sufre íntegramente el dolor de todos los desdichados, hasta caer él mismo como uno de tantos, clamando por la paz aun ante las puertas de la eternidad.

Kropotkine, sacrificando su bienestar para trabajar incansablemente por el bienestar y la liberación de todos los oprimidos.

Fermín Salvochea, héroe de cien combates, revolucionando a los labriegos de España entera, y pobre y roto y descalzo, inquebrantable en su fe, y firme en su esperanza de redención total.

Malatesta, el infatigable anciano, que conserva siempre el espíritu de los veinte años, y a quien ni en su vejez han podido los sayones de la burguesía hacerle dar un solo paso atrás.

Y tantos y tantos otros arquetipos de la voluntad, de la firmeza y de la dignidad.

Y marcha la historia. Y los pueblos, sin mirar ya hacia su pútrido pasado, sin la nostalgia de lo que dejan atrás, suben la montaña, alentados por el ideal, fuente inagotable de entusiasmos, de ensueños y de esperanzas...

FRANCISCO MAFFEI.

Crónica Social

Un hecho repugnante.

Tal ha sido para los que comercian desde la prensa con el hecho sensacional, la nota roja, la degeneración del pueblo, que ellos mismos estimulan y provocan la aberración dolorosamente llena de lecciones para nosotros, el que en el corazón de la grande y pestilente urbe latino-americana, perpetró un padre cuyo nombre no recordamos ni a nadie le importa, en una de esas horas negras que ojalá nunca se interpongan en nuestra vida, mancillando la carne y el almita pura y santa de un retoño de su propio ser.

Los dos caminos, el del hombre y el de la niña, se habían labrado sobre la misma tierra; sus dos destinos tendían al mismo fin, se habían amasado con el barro de idéntica charca: la miseria, la ignorancia, el vicio de la sociedad burguesa. Dos tragedias terribles se enfrentaron en el delito que fraguó la sociedad. Y se nos presenta el cuadro de ese padre, demacrado el cuerpo por la miseria progenitora del vicio, entenebrecido el cerebro por la ignorancia y la ciega satisfacción de los instintos, única heredad que los hombres depositaran desde su cuna, legado que sería el eterno compañero de su vida, todo lo cual hizo de él un poseso del crimen. Sus labios sedientos de alcohol y a los que siempre faltara el mendrugo, sus ropas hediendo a fábrica y a taberna, sus ojos desorbitados, velados a la vida buena y libre, apagados para la cultura y el claro entendimiento, como una terrible acusación, desgarrador escarnio, grito angustioso: ¡tu obra, potentado; tu crimen, tirano; tu triunfo, burgués; tu escuela, legista, militar, clérigo; vuestra escuela, canalla de todas las raleas! ¡Y sobre esta piltrafa, la niña refugiada en un rincón del cuartucho miserable, carne castigada por todas las injusticias, almita apagada, boquita hecha a todas las cicutas, labios muertos para todas las sonrisas, ojitos nunca lúcidos a una visión grata, manitas huesosas que nunca acariciaron un juguete, todo, todo eso más terrible aun, más acusadores aun: vuestra obra, potentado; vuestra lepra, vuestra carroña, tiñosos de la humanidad!

Ocultemos pronto esta visión, enterremos presto este cuadro. ¡Que nuestros hijos no sepan nunca de nuestras infamias, oh, no! ¡Abel nos cerca, las facciones alcohólicas de ese hombre que no os importa quién es, las manitas huesosas de esa niña que tampoco os importa, y que seréis vosotros y vuestros hijos mañana, nos persiguen en todos lados, aparecen en todas las tinieblas, nos acusan y nos maldicen: ¡tu obra sociedad; lo que cesará algún día, anarquía!

LANUSE.

BELLEZA ETERNA

No hay más que una sola cosa linda, en la vida: hacer lo que «está prohibido». Y es esta cosa lo único que no envejece jamás.

Yo.

Centro de Estudios Sociales «Ukrania»

Este Centro de Estudios Sociales ruega a todas las agrupaciones que editen periódicos, libros o folletos, el envío de un ejemplar para su mesa de lectura. Dirigirse a Emilio Meza, calle San Ignacio Nº 109. Valparaíso. Chile.

Sindicato O. de los Frigoríficos

Balance de la velada efectuada en Berisso el 9 de Junio, por este Sindicato y la Agrupación «Ideas».

Entradas.—Por 259 de hombres 259.00. Por 48 de mujeres 24.00. Por 21 de niños 4.20. Total $ 287.20.

Salidas.—Alquiler del salón 50.00. Cuatro artistas 70.00. Decoración 25.00. Peluquería 10.00. Imprenta 15.50. Permiso y papel sellado 6.10. Orador 5.60. Gastos varios según recibo 4.35. Pintura, clavos y cola 1.40. Transporte utilería 1.50. Compostura de un caballete 1.00. Total $ 190.45.

Beneficio.—Noventa y seis pesos con setenta y cinco centavos, habiendo correspondido por lo tanto $ 48.37 1/2 a cada uno de los beneficiados.

STELIOS FOTINOS, Tesorero.

E. CASTAGNOLI—M. PEREZ. Revisores de cuentas.

Recibí conforme: RISTO STOIANOVICH. Administrador.

Agrupación Propaganda del C. Anárquico.

Tal es el nombre de una nueva agrupación constituída desde el mes de Mayo en Ingeniero White y cuyos propósitos son los que su mismo nombre lo indica. Pide, pues, toda clase de impresos para el objeto. Dirección: Casilla de Correo 37. Ingeniero White, F. C. S.

TEMAS NUESTROS

LA PROPAGANDA. CONSIDERACIONES OPORTUNAS

Desde el momento en que nos damos cuenta de la maldad, la falsedad, y la injusticia que nos circundan y nos hieren; desde el instante en que nuestro corazón y nuestro cerebro sienten la impresión cálida y luminosa de este ideal tan enorme que nos eleva muy por encima del vulgo pasivo, triste y rutinario; desde ese instante preciso en que comenzamos a apreciar cuán grande es la misión del hombre, desde entonces es que encauzamos toda nuestra actividad a este solo fin: transmitir a los demás, a nuestros semejantes todo aquello que hemos sentido y aprendido en virtud de la comprensión de ese mismo ideal. A tal actividad llamamos *hacer propaganda*.

¿Comprendéis? Se trata de demostrar que el inmenso caudal de males que hoy padecemos, débese únicamente a la absurda forma de organización social; que ese absurdo monstruoso consiste en dejar en manos de unos pocos la riqueza y la soberanía de todos, los que aparte de carecer de todo, sirven de puntales a sus propios opresores. Se trata de arrancar prejuicios seculares, horriblemente ramificados, de ahuyentar las densas tinieblas que reinan en las mentes vírgenes, de infiltrar energía y valor en los nervios gastados de los parias. Se trata de formar el ambiente, de preparar el terreno para la gran batalla que habrá de terminar con la ruina del privilegio y el derrumbe de sus baluartes.

No es entonces ninguna tarea baladí la de hacer propaganda del anarquismo. Y cuando más penetramos en la masa, cuando más ahondamos en ese mar de ignorancias y miserias, comprendemos mejor cuán árdua y difícil es esa labor, cuánta abnegación, energía y capacidad se requieren para cumplirla debidamente.

Así lo entendieron nuestros más genuinos portaestandartes, esos hombres tan grandes y nobles, cuanto sencillos y modestos, que dejaron a un lado las investigaciones científicas, las elucubraciones del arte puro y los afectos y comodidades del hogar, para dedicarse exclusivamente a la propaganda. Esta es pues una obra de verdadero apostolado y solamente a condición de interpretarla así, pueden esperarse resultados positivos y fecundos.

Aquí, en la Argentina se han realizado esfuerzos enormes e infinitos sacrificios para levantar, mantener y llevar adelante la propagación de nuestras ideas a través de las circunstancias más adversas. Estaría demás citar los obstáculos de toda índole que hubo necesidad de vencer, obstáculos interpuestos por las clases gobernantes y sus servidores, como también por los múltiples enemigos que tenemos en el mismo campo obrero, interesados unos como otros en apagar la llama de nuestro ideal. Inútil también consignar la cantidad de víctimas que cayeron en la enconada lucha. El hecho es que gracias a esos esfuerzos y sacrificios, se han creado una cantidad de medios de propaganda como pocas regiones pueden ofrecer.

Siendo esto así, cabría suponer que la difusión de nuestras ideas marcha viento en popa, y que ellas saturan el ambiente popular de punta a punta del país. Esto es precisamente lo que hemos oído repetir muchísimas veces por parte de camaradas que contaban con años de labor en ese terreno; y éste es el estribillo, la versión consagrada que oímos resonar a cada instante.

¿Hasta qué punto es verídica tal afirmación? Para verificarlo no hay más que sondear la masa, esa masa trabajadora «el proletariado consciente» que debiera ser el receptáculo más favorable de nuestras ideas. Interrogad a esos hombres, poneos íntimamente en contacto con ellos, inquirid sus ideas y preocupaciones, no a través de las hojas que se dicen órganos de tal o cual fracción o gremio, sino directamente de los individuos, explorad a fondo los diversos ambientes obreros, despojaos de todo juicio preconcebido y os pondréis en contacto con la realidad, en la posibilidad relativa.

De inmediato la hallaréis bien triste y dolorosa, en abierta contradicción con la feliz versión corriente.

El proletariado en general desconoce nuestras ideas. Tiene de ellas la vaga noción que flota en el ambiente, antojadiza y torcida desde luego. Cuando mucho, sabe que los anarquistas son unos descontentos, protestarios y nada más; nos confunde muy a menudo con los socialistas, los sindicalistas u otra fracción análoga. Tal cosa sucede no solo en la campaña, donde esa ignorancia llega hasta el extremo, sino aun en los centros populares, allí donde se ha hecho una propaganda de muchos años. Conste que al hablar del *proletariado* o del *pueblo*, entendemos usar esos términos en su más amplia acepción, y no en el sentido restringido que les dan ciertos militantes de nuestro campo para quienes «todo el proletariado» es el reducido número de individuos que están agremiados o cotizan en sus organizaciones. Este error se presta generalmente a muchas desviaciones.

El pueblo nos desconoce, sí y lo que es peor, nos confunde; aun aquella parte que podríamos llamar la más consciente, está lejos de comprendernos y de interpretar rectamente nuestros ideales.

¿Cómo es esto? nos preguntamos con amarga sorpresa al chocar con esa cruel evidencia: ¿no habíamos quedado en que en ésta ciudad o en aquél pueblo, en tal o cual otro círculo, las masas aclamaban frenéticamente la anarquía? ¿No se nos dijo que los surcos estaban profundamente abiertos en el seno del pueblo? ¿Como es que no hallamos más que débiles huellas, cual pasos semiborrados del camino?

El contraste surge ciertamente vio-

lento y torturador; difícilmente hallamos una razón que lo explique. Medios de propaganda no nos faltan: diarios, periódicos, revistas, jiras de propaganda, manifiestos; todo eso hay hasta para derrochar. ¿Entonces?... No cabe más que una repuesta: estos medios se emplean malamente. En efecto, esa es la verdad.

Tenemos por ejemplo un montón de hombres que ansían conocer nuestras teorías; desean saber por qué combatimos el Estado, por qué deseamos eliminar el Capitalismo, por qué somos enemigos de la política, del reformismo, etc. Esos hombres acuden a nuestras conferencias o buscan nuestras hojas impresas; esa es la mejor manera de enterarse de nuestras razones. Pero he aquí que en lugar de encontrarlas, en lugar de hallar doctrina, lógica, argumentos, no encuentran más que insultos de grueso calibre, dirigidos sin criterio contra enemigos «internos» o «externos», hueras declaraciones sobre una potencia inexistente, obscuras y extensas disquisiciones sobre cuestiones nimias, que cuando mucho podrían interesarnos a nosotros mismos, discusiones interminables sobre cualquier cosa insignificante, reyertas personales a granel y etc. etc. de vaciedades.

¿Cómo queréis que esos hombres, oyentes o lectores nuestros, lleguen a simpatizar con nuestras ideas? Lo más natural y lo que sucede es que vuelvan la espalda y nos olviden; esto, en el mejor de los casos. Otras veces, esa misma gente nos combate luego o nos desacredita afirmando que somos tipos envenenados o simples charlatanes descontentos de todo.

Pero aunque así no fuera ¿pensáis que pueden interesar a la gran masa alejada de nuestro movimiento, todos esos enredados problemas sindicales o cosa parecida, que dan lugar a una infinidad de ditirambos, anatemas y extravagancias descomunales? No solamente no llegan a interesarle, sino que las más de las veces no entiende una palabra de todo esto, algo así como nos sucede a nosotros cuando dos *sportsmen* sostienen una conversación sobre carreras o *foot-ball*, en su terminología especial.

Y sin embargo, demasiado lo sabemos: no hay cosa que apasione más a nuestros propagandistas que esos pequeños problemas sindicales, que suelen degenerar en otros tantos escándalos y entonces... más vale *no meneallo*.

Con esas pequeñeces, y no son otra cosa frente a los grandes problemas de nuestra doctrina, se llenan a porfía las publicaciones. Con esta semilla vacía se siembra nuestro campo; no es de extrañar pues que obtengamos una cosecha bien miserable.

Cuando entre el pueblo reina tanta ignorancia y obscuridad, cuando hay en todas partes tantos errores y prejuicios, cuando por otra parte hay una muchedumbre ávida de aprender, cuando se nos ofrece tanto terreno virgen para la propaganda, es una verdadera monstruosidad perder el tiempo y derrochar energías en estériles disputas que solo sirven para envenenar el ambiente.

Se nos ocurre que es lo mismo que arrojar al río la fruta o dejar podrir los cereales en presencia de un pueblo que sucumbe de inanición.

No sabemos a que atribuir semejante anomalía. No queremos suponer a nadie mala fe o desinterés por nuestras cosas; puede que se deba a una falsa apreciación de valores, a un cierto espejismo u ofuscación, o quizás a un apasionamiento excesivo por una fase determinada, pero sea como fuere, el hecho es que se impone una reacción decisiva en la forma de realizar nuestra propaganda.

Es preciso que todos nuestros actos estén inspirados de ese fervor, de ese interés que todos sintiéramos al comprender la magnitud del ideal libertario. Es preciso que no perdamos jamás el contacto con el pueblo, con la gran masa irredenta a la que debemos llevar luz, energía, esperanzas. Es preciso que nuestros voceros destilen siempre claridad y sencillez y sobre todo mucha sinceridad e idealismo.

Hace falta, en fin, que entendamos la labor de propaganda así como la comprendieron nuestros mejores hombres, los que dieron cuerpo y vigor a nuestra doctrina: como una obra de apostolado, no como una distracción, un desahogo o una forma de encumbrarse.

Tratemos cada cual de corregir nuestros defectos, y la obra se hará tal como corresponde.

J. PRINCE.

Pampa Central.

El destino

Desde niño vengo oyendo sonar en mis oidos ésta palabra que los pillos inventaron, y que los ingenuos, por no darse el trabajo de pensar, aceptan resignadamente como una verdad tangible.

Si una criatura nace enclenque y contrahecha, no falta una persona alrededor de la parturienta que exclame: «Hay que conformarse, el destino de cada uno no puede torcerse».

Si un hombre se cae de un andamio por haberlo hecho mal, o por que las maderas de que está compuesto se hallan en mal estado, ahí aparece otra vez el dichoso destino. Es más cómodo echarle la culpa a este bicho que nadie conoce, que analizar el por qué de las cosas.

Que una mujer se encuentra en la necesidad de viajar, y viene un tranvía completo y se arresta hacia él impelida por esa necesidad, queriendo subir al coche, que no para... si a esta mujer le ocurre alguna cosa grave, no falta el comedido que diga: «Y, qué quiere, es el destino; tenía que suceder.»

Si a una joven, entregada a un hombre que le mintió amor, le resulta que este la abandona luego con un hijo en el vientre, no ha de faltarle el sábelotodo que exclame: «Es el destino, hija mía y hay que conformarse».

En fin, que por pereza mental, por falta de espíritu analítico, por ceguedad del entendimiento o por no hacer trabajar el cerebro, le es más cómodo a ésta humanidad atada a los prejuicios y a los pensamientos hechos, echarle la culpa al destino, de todos los males que sufre, antes que meditar sobre el orígen de las cosas.

A esos niños harapientos que se ven abandonados, porque les faltan los padres, o porque éstos no ganan lo suficiente para vestirlos y mantenerlos, ¿también será el destino el que los tiene así? ¿Y qué tiene que ver esta palabra, para que ellos sufran? ¿No ves, trabajador ignorante, que el destino cambia como tú te cambias de ropa? ¿No observas que sólo eres tú, y yo, y todos los desheredados, los que sufrimos el peso de este animal? Abre bien los ojos, mira a tu alrededor, observa entre tus relaciones aunque más no sea, y a poco que te fijes, verás que hay algún miembro (tal vez de tu misma familia) que ha nacido pobre, no ha recibido educación pero ha sabido poner un tenducho y vende por cuatro lo que vale dos. Empieza muerto de hambre, pero a la vuelta de un año, ya comienza a engordar, se viste bien, se deja los bigotes, y conchaba una sirvienta. ¡Y tienes cambiado el destino, no sólo de un hombre, sino de una familia entera!

Si no hubiera quién comprara y quién vendiera, ¿se habría realizado este milagro?

No tal. Este ser que se ha enriquecido con el sudor de los demás, si existiera el destino, y nació de padres pobres, tendría que ser pobre toda la vida. Pero no; si sabe vender bien, (que es dar ochocientos gramos por un kilo y engañar al que entra por la puerta donde vive éste bandido) entonces, se hará rico, se vestirá a la moda, ya no querrá relaciones ni con los de la familia y al que haya sido compañero de trabajo, lo mirará con desprecio, por que él ha torcido o cambiado su destino, metiendo la conciencia en el cajón del mostrador.

La mujer que se prostituye en la casa de un burgués, y se ve más luego obligada a rodar de prostíbulo en prostíbulo, hasta que cayendo víctima de esa mala vida va a parar a un hospital, ¿también es el destino el que la llevó hasta allí? No, señores interesados, no, y mil veces no, señores perezosos mentales; no es el destino, desengañaos de una vez; es la corrupción social, es la maldad humana sellada y patentada por la canalla burguesa, y predicada y aumentada por todos los interesados en que ésto continúe.

¿Será el destino el que hizo morir a tantos hombres en la última guerra? ¿Este concepto erróneo será el que engendró tantas calamidades en el mundo? Se puede afirmar que no es el destino el que hace morir a tantos hombres juntos; es la avaricia capitalista que engendra las guerras para enriquecerse y lucrar más que en tiempos de «paz»; y los pobres de espíritu y de pan, quedan creyendo que ha sido el destino el que los arrojó en brazos de la muerte y de la miseria.

Y por último todos los que ambulamos por ésta tierra envilecida por las aves de rapiña, ¿somos víctimas acaso del destino? No, somos víctimas del engaño de los dueños de todo, que, valiéndose de nuestra incapacidad mental, la aprovecharon para que trabajáramos para ellos.

Pero ahora nosotros nos habemos desengañado y les quitamos la careta a los canallas. Ya llegará el momento en que les quitemos también los medios de que se valen para seguir engañando y explotando. Es cuestión de propaganda y de tiempo. Y en ella estamos y el tiempo no se detiene.

JAVIER GARCÍA.

Rosario, Abril 1923.

¡Oh, Libertad!

Flor delicada, de exquisito perfume; pétalo de belleza que ante tu aroma se extasían los hombres; gigante símbolo de vida, encarnación del futuro; polo de lucha hoy; realidad y fruto en el porvenir, ¡Oh, Libertad!

Sol refulgente de vivificante calor; escuela común de vida; engendro de amor y de arte, ¡Oh, Libertad!

Cuerpo acariciado por las mentes soñadoras: por tí lucha la humanidad, sin temor a la muerte; por tí se despedazan las fuerzas que te aman con las fuerzas que te oprimen.

Sigue como hasta hoy, alentando con tus bálsamos reconfortantes a los que te aman y gimen bajo el yugo de los tiranos, ¡Oh, Libertad!—norte de todas las más puras rebeliones.

¿Cuándo será el momento en que traspases los vetustos castillos donde yacen sepultados los mártires que cayeron amándote, ¡Oh, Libertad, Libertad!?

CIRILO GONZALEZ.

Gral. Madariaga.

Un hombre

Yo no quiero decir que había flores en la ladera, espinas en el camino, no; también sobre el sendero se aspiraba el perfume que se levantaba de los nectarios y cantaban las flores la polifonía de sus colores. Porque era de día, y bien de día: allá, sobre mi cabeza estaba el sol brillando en una llanura de zafir.

Yo andaba pesadamente: ¿quién camina grácil y erguidamente al trepar a las cimas? Los que hemos andado sobre las rocas, desgarrado nuestra piel por los espinos de las plantas que crecen en las alturas, lo sabemos bien. Y dejé volar a mi pensamiento en el juego encantador del ensueño, para que evocara castillos de marfil, mujeres de luz, pupilas claras y músicas románticas, surgidas mágicamente del silencio... y aun, que trajeran a mi alma las remembranzas del Rhin... ¡Pero nada de eso vino! Y comencé a pensar en un hombre que (asi lo quiso la vida sin consultarme a mi, personaje sin valor a quien nunca consideró el desenvolvimiento del mecanismo del mundo), por azar, porque si, por un ingenuo qué sé yo, pasó ante mis pasos y unimos nuestros andares para cruzar un trecho del camino. Pero no creais que lo abandoné, no, pues que yo supe todos los pasos de su vida y toda la esencia de sus pasos.

¡Oh; si supierais quien era! Se llamaba... ¡bah! se llamaba como se llamase. (Yo sé bien que hay un hombre, un único hombre, un hombre que siempre es igual a si mismo y siempre distinto de si al par, y que hoy se llama así, mañana de esotra manera, que ayer se llamó en extraña forma y que un día ¡esto si que lo sé! se llamó Prometeo.)

¡Bendita sea la vida de aquel hombre! Cruzó el mundo sin contar sus heridas; mal hubiera hecho en pretender llegar a cifra alguna, pues que su cuerpo todo, desde la punta de sus pies hasta el punto en que arrancaban los cabellos de su frente, era una llaga viva. Y anduvo...y anduvo... No hubo en la tierra de que surgió la vida, vida de más dolor. Cantó en la noche como cantan las alondras nunciadoras del sol, clamó como un profeta en la explosión de su demencia y dijo como dicen las luces de las albas...Encendió maldiciones como todos los Cristos, imploró a la natura como los Prometeos, y nimbado de ciencia, de sapiencia, hubo glaucas pupilas que encendió con su luz.

Pensando asi y saliendo de mi pensamiento me encontré por azar, parado entre las tumbas de un viejo cementerio. ¿Que había sido de mi? Y a pocos pasos, como quien sale de mil sueños, distinguí un peregrino.

—¿Que hacéis allí?

—Busco un perno porque perdí el cincel.

—¿Para qué lo queréis?

—Dadmelo.

Lo arranqué de una cruz y se lo dí, pero ví que quería algo más y le tendí una cabeza de mármol de un ángel roto que le sirvió de maza. Y se pasó del día todo lo que restaba, tendido en el suelo cuan largo era y golpeando rítmicamente.

Cuando se levantó, se iba el sol. Sobre la loza tumbal había un nombre, yo no recuerdo qué nombre, pero yo sabía, lo conocía, sentía cuál era ese nombre.

El sol enviaba aun su luz desde más allá de las montañas remotas esfumadas en la distancia. Era la tarde.

—¿Adonde vais, peregrino?

El no me oyó y me dijo profundamente, con algo de sublimidad en sus palabras. Sed testigo:

—Bajo ese mármol semioculto entre las malezas hay los restos de un hombre. Oidme bien hermano. Sobre los hombros de ese hombre, trágico como los espectros, santo como los Cristos, se levanta el porvenir. Pasarán los años y el triunfará: díganlo sino las horas que vendrán y las almas que surgirán a la vida. Amén.

AD. C. LÉRTORA.

La Plata, Junio 29 de 1923.

La virgencita

Dieciseis años tenía Era esbelta, era vivaz y de una grácil flexibilidad de junco. Más parecía una divinidad de estampa que una hembra humana, tal era su cutis de traslúcidamente sonrosado. Y sin embargo, tenía un alma: nunca la coquetería, tan común a todas las agraciadas, la había invadido al extremo de aminorar la gentil delicadeza de su hermosura; jamás en ella vivieron en contradicción la belleza del físico y lo moral. Tan es así, que si sus ojos negros y gachones eran bonitos, se lo debían en parte, creo, que al alma que en ellos escintilaba cual la luz en las estrellas. ¿Y para qué decir más? Baste expresar en una sola palabra, que no era ella un ser vulgar.

Era natural, pues, que su íntimo no escapara a los ósculos del alba. Y el alba entrósele al corazón una tarde en que posada sobre la malla de alambre que circuía a su casita, miraba morir el sol: había pasado un hombre que la miró largo y quedo, con suavidad de caricias y ternuras de pasión.

Y fué en la noche, en la soledad amable de su cuarto de soltera, donde en búcaros de bronce exhalaban rosas te, fué en la noche que, soñando, vió otra vez aquellos ojos que la miraran largo y quedo, en la tarde fenecida, cuando ella, sobre la malla de alambre que a su morada circuía, miraba morir el sol.

Y desde entonces, trocáronse en melancólicas las amables soledades de su cuarto de soltera y comenzaron las rosas a adquerir ténues pudores y a exhalar, como un filtro afrodisíaco, sutil aroma sensual.

De un poeta eran los ojos que aquel día la extasiaran. Y era un hombre de combate aquel poeta.

Ambos llegaron a amarse. Sin una duda se fueron dando uno al otro; sin una pena, ascendiendo hacia el amor, cual dos alas. Y sus almas florecieron en el ensueño. Y sus labios sellaron más de mil veces aquel cariño. Y se hizo en ambos, ardiente, la primavera promisora de un humano, rosado fructidor.

Cuántas veces, desde el cielo, les vieron las tres Marías, a ella sobre los hombros de él reclinada la cabeza, escuchando sus palabras amorosas y sus evocaciones a una nueva y bella Atlántida en la que la felicidad sería un hecho para todos. Cuántas veces lo contemplaron a él, reposada su testa pensativa sobre los senos de ella, turgentes y odorantes como manzanas, soñando sus imposibles o barajando sus rimas. Cuántas veces, en fin, los miraron a los dos, juntas las frentes y bocas, abrazados amorosos y dejándose mecer por las olas impalpables de la vida...

Pero un día, las blondas Marías del cielo no los volvieron a ver. Fué porque los padres de ella supieron que aquél hombre no tenía dios, ni patria, ni ley, tal cual uno de esos tristes parias al que todos los cielos les son iguales, porque bajo todos no halla más que el trabajo esclavo, la cárcel, el garrote o la persecución. Y al enterarse de esto que es tan frecuente en nuestras civilizaciones, pero que para ellos significaba deshonor, quebraron aquél idilio besado por la esperanza y ungido por el amor.

Y él tuvo que retirarse, paria siempre, más paria aun, privado de las caricias que ella, amorosa, le hiciera, bajo el auspicio discreto de los naranjos floridos que daban sombra y perfume a la casa en que soñó.

Es así como dos vidas ya ancianas que habían alcanzado la cumbre de la parábola y descendían por su comba inferior, se interpusieron entre las de aquellos dos amantes que en el plano de ascenso y fieles a los designios inmanentes de la vida, marcado habían con besos y con caricias, el

punto de partida de la trayectoria que se prometieran describir juntos.

Truncada ésta, ¿qué otra cosa, pues, cabía, que fijarse a un otro punto, a un otro nuevo objetivo, para comenzar de nuevo? El fin, que no es otro que el de desarrollar las fuerzas de vitalidad que lleva en sí cada sér, dándoles aplicación, no podía extinguirse por aquel impedimento. No se extinguió en él, al menos, hombre de voluntad acostumbrado a ser obstruido siempre, paria triste, musicador del léxico para adorno de sus imposibles, cazador de metáforas e hipérboles en las regiones de la eterna azulidad.

Y fué así como huyendo a la vida, «humana, demasiado humana» para ser buena, se propuso a si propio, desde entonces, abrir todas las puertas a sus pájaros de ensueño que por tanto tiempo, halado habían la reflexiva cabecita de su triste bien amada'

Y partió inflexible como un héroe, antes que transigir con lo que se le exigiera, partió dolido, pero fuerte y digno, para darse a las estrellas, para altivar sus estrofas sobre las charcas sociales, para—apolíneo Vulcano,—hacer en yunques sonoros de cada verso un puñal, y para, si era preciso, culminar su vida entera en la gloria de un incendio, como una blanca paloma en la luz de un corazón.

Y ella, pobrecita, exhauta de voluntad y energía, quedó allí, en su casita y su cuarto de soltera, sacrificada a la vida vieja, a esa que se había cumplido ya, y que marchaba por vía recta hacia la muerte, objetivada en una celeste resurrección...

Y se hicieron más amargas y angustiosas las calladas soledades de su cuarto de soltera... Y las rosas marchitáronse en los búcaros de bronce... Y su amor, como un perfume fué inhumado en el recuerdo... Y hubo noche donde otrora irradiara tanta luz...

En tanto, afuera, la vida pasada batiendo palmas, sonando risas, cantando al sol y restallando besos, y exhalando en flores nuevas el aroma virtual de una perpétua renovación.

JUAN PALABRAS.

Pinceladas

Nada nos convence contra la vida ni nos hace recular. Hicimos acto de fe y de aquí nuestro amor y fidelidad a las ideas. Ni el calor del hogar, ni las halagadoras caricias de la hembra nos atraen; sólo una visión fija irradia en nuestro cerebro: sembrar. Por eso, las piedras del camino se truecan en flores, en besos y canciones a nuestro paso, y surgen ante nuestros ojos impregnados de luz, como al conjuro mágico de no sé que misterioso poder.

Nada nos convence contra la vida ni nos hace recular. Marchamos, sí, bajo las auroras o los crepúsculos, embriagados de sublime locura, prora al ideal; de aquí, pues, que la vida se nos dé bellamente, como una hembra ardiente y voluptuosa en el fecundo tálamo de la libertad.

Las piedras del camino cantan a nuestro paso. Su canción silenciosa está preñada de angustia y parece decirnos en su ininteligible armonía, el inmenso dolor de todos los peregrinos, locos o visionarios, que las han pisoteado a través de las eternidades. El sol nos envía sus rosas de fuego saturando de vida nuestras almas; y el horizonte con el cual soñamos, en un delirio de posesión espiritual, se aleja poco a poco, haciéndose invisible a nuestros ojos, y desapareciendo simultáneamente como una imagen apocalíptica... Una voz interior nos grita: ¡Adelante! ¡Adelante! Reforzamos la marcha y seguimos mudos, silenciosos, sembrando besos y flores, canciones y caricias que engalanarán un día la noche moral de los pueblos, conjuntamente con el luminoso despertar de una nueva aurora sobre un mundo libre que, a golpes de besos y de dolor, forjarán los locos anarquistas.

Allá van...

Torvas las miradas, los puños crispados como en la solemnización de una sentencia. Los rostros iluminados por el sereno gesto de la voluntad de lo heroico.

Son los nómadas, los rebeldes, los eternos «pioneers» del porvenir. Una llama interior les da su temple; una visión clara y dulce nimba de arrebolados lampos sus frentes...

Aqui, entre el surco abierto por la reja del arado, depositan una simiente, y allá desfloran un verso preñado de luz y de angustia, grande y bello como una santa esperanza, como una bandera negra tremolando a los vientos... Y sus voces roncas y atronadoras son como un augurio del próximo alborear.

¡Madre Anarquía!

Y la viejecita amante, la de los cabellos blancos y luminosos, les tiende los brazos, les acoje en su florido regazo y besándoles amorosamente en las frentes y en los labios, les modula la muy dulce y sagrada canción: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

ALFREDO FRID HERRERA.

Comité pro ayuda a los anarquistas de Rusia

Balance general de Tesorería desde el 1° de Diciembre de 1922, al 30 de Abril 1923.

En poder del tesoreso según balance anterior, ya publicado $ 607.87. Entradas según recibos numerados correlativamente: Schumann, por lista 2.50, Sociedad Oficio Varios de G. Roca por venta postales 15.00, M. Marcucci por listas 340, 242, 273 y 346 $ 22.50, Panaderos Pergamino lista 305 $ 7.70, Recibido hasta 31 Diciembre 1922 en «La Protesta» 6.40, M. G. del Royo, saldo de una lista 1.50, Franco Padilla por lista 3.00, Centro «Luisa Michel» de Tucumán, lista 261 $ 5.70, F. O. P. Mendocina, listas 130 (extraviada), 127, 128, 118, 120, 131, 133 y 139 $ 33.60, S. O. de la I. del Calzado, donación 100.00 y por listas 59.00. Total de entradas 864.77.

SALIDAS.—Girado en conjunto a los comités «Pro víctimas políticas» de Milán y «Defensa libertaria» de Roma, de acuerdo con lo resuelto oportunamente en una asamblea de delegados 388.15, (equivalentes a 3.000 liras). Gastos varios y estampillas 2.00. Total 390.15.

Saldo en Tesorería 474.62.

El retardo con que se publica este balance es debido a la incuria de infinidad de organizaciones y compañeros que no dan señales de vida cuando se les reclaman las listas, como asimismo al extravío de muchas de ellas. Otra de las causas es las dificultades que trae para el control la forma irregular conque se envía el dinero, pues mientras este es remitido por un camarada u organización, las listas son remitidas por otro u otra.

En breve se dará un resumen de la labor realizada por este Comité y someteremos todas las cuentas a prolija revisación.

De todo lo recibido se han ido enviando en oportunidad los recibos respectivos, y se ha publicado en los balances. De lo que se recibió por intermedio de «La Protesta» y «La Antorcha», ambas publicaciones lo detallaron a su debido tiempo y a ambas se les dió el recibo correspondiente cada vez que se retiró el dinero.

Valores y giros a nombre del Tesorero, calle Suipacha 74, Bs. Aires.

Por el Comité

JOSÉ NOYA, Secretario — JOSÉ M. FERNANDEZ, Tesorero

Papel impreso

Los Intelectuales.—Editorial de cuadernos semanales que son puestos en circulación los días lunes. Hemos recibido los Nos. 44 al 49 y 51 al 59, correspondientes a las obras que se citan a continuación: «El árbol del bien y del mal» por Emilio Littré, «Crítica contemporánea» y «El sueño del papa», en un cuaderno, por Max Nordau y Víctor Hugo respectivamente, «El dandismo» por J. A. Barbey D'Aurevilly, «El amor en el siglo XVIII» por E. y J. Goncourt, «Historias grotescas y serias» por Edgardo A. Poe, «Evolución y Revolución» por Eliseo Reclus, «Escritos filosóficos» por Ernesto Renán, «De Profundis» por Oscar Wilde, «Apología de Sócrates» por Platón, «Mozart y Salieri» por A. S. Puschkin, «Cándido o el optimismo» por Voltaire, «El eco de las cárceles» por F. Lamennais, «Las columnas de la sociedad» por Ibsen, «Sonetos escogidos» y «La emperatriz Annayanska» por W. Shakespeare y Bernard Shaw respectivamente, y «Para el 1° de Mayo», apuntes y recortes de Edmundo De Amicis, en una edición extraordinaria de 80 páginas. Precio de cada cuaderno: 0.25 fuera de la Capital. Por pedidos a Luis Tognolini, Azcuénaga 331, Buenos Aires.

Los Pensadores.—Es el nombre de una publicación semanal de obras diversas. Recibimos diez números, 44 al 51 y 53 al 54. Aparece los días martes. Los números recibidos corresponden a las siguientes obras: «Estudios sobre la moneda» por Juan B. Justo, «Pasteur, su vida y su obra», compilación de J. Muñoz Escamez, «El gato flaco», novela de Anatole France, «Manual del revolucionario» y «Máximas para revolucionarios» por J. B. Shaw, «Poesías y Evangélicas» por Almafuerte, «La nueva ciencia de curar» por Luis Kuhne, «Regalo de amante», poemas de Tagore, «El Anticristo» por F. Nietzsche, «Defensa de la Internacional» por N. Salmerón y F. Pi y Margall y «El arte y la ciencia» por Hugo. Precio del cuaderno 0.20 en toda la república. Dirección a cargo de Antonio Zamora. Oficinas: Rivadavia 1779, Bs. Aires.

Letras universales.—Tal es el nombre de otra nueva empresa editorial que como las anteriores se dedica a la publicación semanal de obras de la literatura de todo el mundo. Es su director Don Julio R. Barcos y la administración, la misma de «Los Intelectuales». Lleva publicados cinco cuadernos. Recibimos el N° 2 titulado «Algo», preciosa colección de poesías de Bartrina, casi desconocidas por mucha gente, y el N° 5 por Oscar Wilde y cuyo título es: «El alma del hombre», seguida de una colección de máximas del mismo autor y una rápida noticia sobre su vida. Precio de los cuadernos mencionados: 0.25 fuera de la Capital.

Estado de nuestra civilización moral

A la verdad, no debemos de ocultar nada con respecto al mentido revolucionarismo de que hacen alarde los seres que viven en completo abandono moral; y por lo tanto en carencia absoluta de percepción. Si se tiene la inteligencia de observar los valores que trabajan constantemente en los pueblos y a qué valores obedecen las sensaciones de los hombres, no se puede menos que estudiarlos en torno a su estado de impulsión y de animosidad. Esto es estudiar con un poco más de propiedad a la humanidad, en su propio centro. Vivimos engañados respecto a nuestra fuerza para cambiar el estado social en que vivimos. Sólo los miopes y neófitos pueden empeñarse en querer sostener lo contrario. Lo que hay en nuestras pretendidas fuerzas revolucionarias, es una gran cantidad de individuos guasones, atados a la más crasa ignorancia, que únicamente por despecho se dieron al movimiento revolucionario, lo que no puede causar mella a la burguesía. Otros también que carecen de valor individual se entregan a ese movimiento por puro sport, ya que el siglo en que vivimos es así. Hay que ver que el estado de nuestra civilización es por excelencia deportista. Se tienen opiniones, para hacer creer que se piensa en algo. Se cambia de opiniones a cada rato, para demostrar que se «sabe» pensar de diferente manera.

Y eso es «tener ideas», según el concepto de Unamuno. Y a veces se piensa de un mismo modo hasta que se cambia de posición económica. Y esto es como decir: «los tiempos han cambiado».

«Una vez que soy dueño de un hermoso palacio, de un regio auto y de unos millones que tengo en el banco, ¿para qué debo afligirme más con esas supercherías del revolucionarismo que yo cantaba cuando era joven, debido a mi falta de experiencia? Afligirme ahora, ¿para qué? Si ya he conseguido lo que yo anhelaba», dice Blasco Ibañez. De este fanfarrón, que no escatima en llamarlo así, varias veces, un crítico español, nos cuenta este crítico que en toda entrevista que se tenga con él, no hace nada más que referirse a su fortuna.

¡Cuántos como Blasco Ibañez habrá en estado de gestación! Hay un buen número de tipos a los que les da por escribir «algo». Y otros que, escribiendo por ganarse unos cuantos garbanzos, pasan por alto los verdaderos valores de lo que tratan. Sobre esta clase de escritores, Perez de Ayala lanzó un formidable anatema no hace mucho. Se es comunista, enganchado al programa de Moscú para figurar como hombre de ideas «prácticas». Se es socialista por por odio a los radicales que no dejan a aquellos gobernar los destinos de la nación y cobrar al mismo tiempo lo que los enemigos están cobrando.

Y se es radical, con un compadre patriotismo por el queso, y nada más que por el queso. Los de la U. S. A., no quieren saber nada con los de la F. O. R. A., por no someterse al rótulo, y estos no quieren estar con ellos porque no les fijan en las paredes la recomendación del comunismo anárquico. (1) Pero de lo que menos se preocupan, tanto los unos como los otros, es de hablarles a los trabajadores de sus defectos contribuyendo al progreso moral que es necesario para vivir en una nueva sociedad. ¿Y para qué? Si lo que se busca es que haya un buen número de creyentes que coticen y que tengan buenos oídos para escuchar discursos de difamación y otras cositas que han metido en la propaganda.

Ocuparse de importantes problemas ¿para qué? Eso vendrá después de la revolución. Los neófitos y creyentes, imaginan que despuès de la revolución, aunque hayan sumas imperfecciones, surgirá la paciencia, como de mujer casada con un vicioso, que espera que dentro de dos o tres añitos su marido se regenerará.

Semejante manera de pensar nos hace sonreir. La humanidad actual sólo tiene facultades para aplaudir y seguir a la rastra de sus propios vicios e instintos. Y prevenimos que obedece a sus sensaciones y a su grado de educación. Hoy le interesa más a la humanidad, un match de box, que un curso que los sabios pudieran dar sobre astronomía, antropología o cualesquiera otra rama de la ciencia.

Si oyera hablar a un sabio en la plaza pública, diría después de haberle oído: «¡Qué cabeza la de este hombre; cuánta paciencia habrá tenido para saber lo que sabe! Eso que dice es cierto, pero no es para nosotros». Y si un filósofo les hablara de cosas superiores, sería mal interpretado, si es que no le exigirían algo que viniera a beneficiar a sus propios vicios. Hay casos en la historia. La humanidad es así. Y pasará mucho tiempo antes que esté libre de su reprochable conducta. El carnaval mismo es un defecto de esclavitud que no se borra todavía. Aquí, por lo menos, hemos presenciado un carnaval entusiasta, más quizás que en años anteriores. Y según me dijeron algunos amigos que concurrieron a los concursos de máscaras, tuvieron oportunidad de ver a un disfrazado de «gaucho anárquico» que hablaba contra la policía, el Estado y otras instituciones falsas de la sociedad. A mi esta noticia no me causó ningún asombro. Ya un amigo me contó hace tres años que en Andalucía había comparsas anarquistas que salían para ridiculizar las instituciones sociales.

Al respecto, un estudiante y buen amigo mío, me preguntó si en el futuro llegaría a realizarse un carnaval anárquico. Yo, naturalmente, sonreí a la pregunta y luego le hablé sobre los valores que trabajan para el mañana. Y de esto hablaré en un próximo artículo.

SANTIAGO VILLARRUEL.

Buenos Aires, Julio 10 de 1923.

---

(1) Es esta una afirmación que creemos necesario no dejar pasar en silencio por lo que tiene, según nosotros, de exagerada. Y por eso decimos: puede ser que un puñado, más o menos nutrido, de ignorantes, no estén con los usados nada más que por el motivo que expresa el autor de éste artículo, pero la inmensa mayoría de los que los combaten, estamos segurísimos que ni con recomendación y promesas, encima, de honestidad, se aparearían para una lucha, con la cáfila de espectables que mangonean la U. S. A. Y esto tiene que ser así, natural, sencillamente, o de lo contrario somos todos los que les sabemos sus porquerías, una manga de desgraciados. No desconocemos, sin embargo, por lo que el autor sigue diciendo, que se baten con exceso muchos barros, perdiéndose el tiempo en asuntos inferiores o secundarios y descuidándose por consiguiente mucho la propaganda y la enseñanza de las cosas fundamentales, que son las únicas que en realidad merecen el ahinco y la energía que se distraen en las otras.—Nota de Redacción.

Comité Pro Presos de Bahía Blanca

Ha sido reorganizado definitivamente este Comité. Lo integran: Centro Amantes de la Educación Popular, Sociedad de O. Panaderos y Sociedad de Mozos y Anexos de B. Blanca, Sociedad O. del Puerto de Ingeniero White y Sociedad O. del P. de Puerto Galván. Valores y giros a nombre del tesorero Benito Guerrero. Correspondencia a nombre de Valerio F. Chaves. Calle Las Heras 54, Bahía Blanca.

Conferencia

EL DOMINGO 5 de AGOSTO

a las 3 de la tarde

EN PLAZA ITALIA

ORADORES: ALDO AGUZZI, EN ITALIANO Y M. ANDERSON PACHECO, EN CASTELLANO.

AGRUPACIÓN «IDEAS».